

historia viva

Viejos fantasmas que poblaron Mendoza

Por FABIAN SEVILLA
fsevilla@diariouno.net.ar

Desde los tiempos coloniales, los mendocinos poblaron su ciudad, relatos y pesadillas con fantasmas y otros seres extraterrenales. Muchos de ellos ya fueron reemplazados por otros mitos, pero seres como la Brunegilda, "la enterrada viva" o el Familiar de Arenas fueron las delicias o el suplicio de los que antaño querían creer.

El aparecido más antiguo

En su historia de Mendoza, el primer obispo local, monseñor Aníbal Verdaguer, indicó que los españoles en tren de conquista plantaban pinos en las ciudades que iban fundando. Una vez crecidos, les servían de guías desde la distancia. Verdaguer apuntó que la Mendoza colonial estaba triangulada por tres pinos, uno de los cuales se ubicaba en la antigua calle Los Pescadores, en una propiedad del gobernador Pedro Molina.

Los laguneros de Guanacache que llegaban a diario a la ciudad para vender su pescado entraban siempre por esa calle —de ahí su nombre—. A la espera del amanecer acampaban cerca de la casa de Molina, cuando solían comentar que "la Brunegilda" se les aparecía vestida de blanco sobre el pino. Había sido una hermosa española que vivió en Buenos Aires, donde se ganaba la vida ejerciendo la adivinación y "el sonambulismo". Escapando de la Inquisición, llegó a Mendoza para seguir con su negocio. Cierta corregidora del Cabildo amaneció muerta a las puertas de su casa, tras lo cual fue apresada y condenada a morir ahorcada en... el pino.

Un cantar de la época en que los laguneros aseguraban se les aparecía, decía: "Pescadero, pescadero/ si duermes bajo el pino/ rézale a la Brunegilda/ y te dirá tu destino/ Si bajo el pino no te acuestas/ y sueñas con agua turbia/ ten cuidado, pescador/ al volver a la laguna...". El famoso pino fue el último del trío en caer. Misteriosamente, el ejemplar de 50 metros de altura y 5 de circunferencia cedió el 9 de noviembre de 1938, un día en que ni llovió ni corrió viento.

Catacumbas de la Cuarta

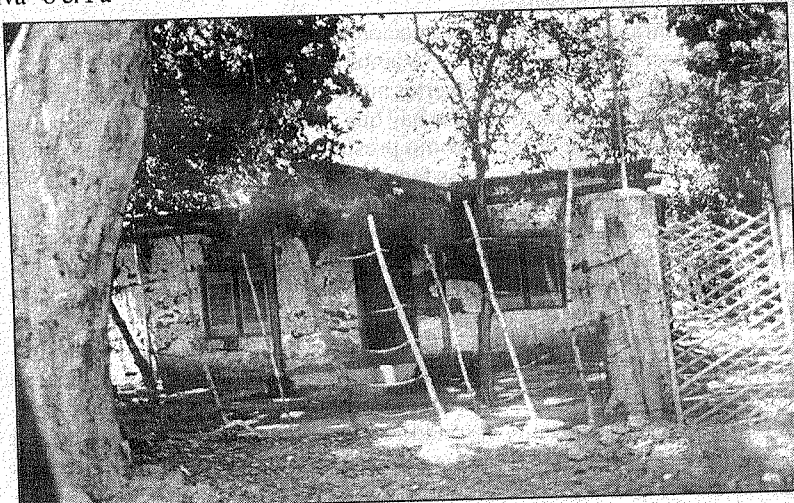
Una fantasma que causó revuelo entre los mendocinos de finales del siglo XIX fue "la enterrada viva". El historiador y memorista Lucio Funes relató con su humor e ironía particulares que de niño oía a "más de una vieja" chusmear en voz baja sobre la existencia de pasadizos secretos que comunicaban entre sí conventos vecinos que se vinieron abajo con el sismo del 20 de marzo de 1861.

"Con tales antecedentes, no es de extrañarse la batahola que se armó con la noticia espeluznante que dieron cierto día los diarios locales respecto de las voces de auxilio que partían del subsuelo de una humilde casa del barrio de las ruinas (actual Cuarta Sección)", relató Funes. Los diarios señalaban que la voz era de una mujer que "con un eco de ultratumba decía haber sido secuestrada en el sótano de un convento, donde se la alimentaba con los desperdicios de las comidas. La desgraciada vagaba buscando una salida.

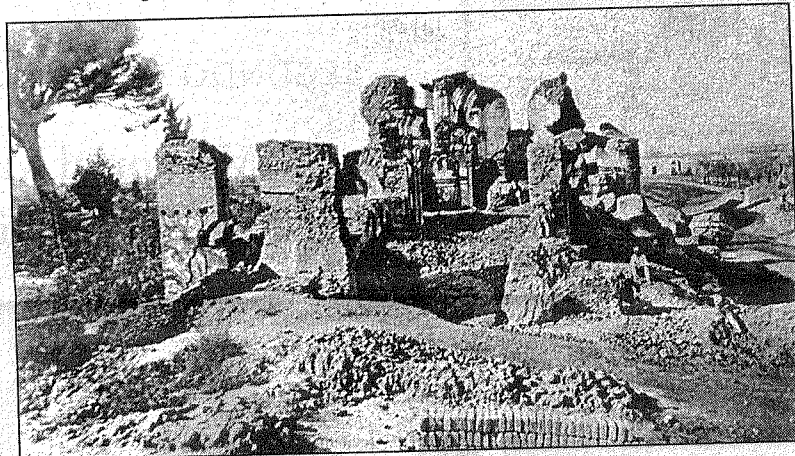
"No faltaban ancianos que asegurasen que precisamente a la altura donde se oían las misteriosas voces, se encontraba un pasillo secreto que había comunicado en remotos tiempos dos conventos de distintos sexos", recordó el escritor. Cuando la noticia de "la enterrada viva" se difundió, el sitio se convirtió en una romería. "No hubo grande ni chico que no le diera la curiosidad de echar un párrafo con la dama aludida, y más de uno creyó reconocer la voz de una persona amiga a quien no veía de tiempo atrás". Entre tantos se la identificó como "la pampa Carmen", una india que crió a Rufino Ortega de niño.

Otros, más prácticos, se ocuparon de cavar para rescatar a la desdichada, incluso guiados por ella misma. Pero por más ho-

Desde la colonia, los lugareños creyeron en seres sobrenaturales surgidos de hechos reales, la fantasía del pueblo y hasta de estafadores



Antigua casa de Pedro Molina, hoy desaparecida, donde crecía un pino en el cual según los laguneros se aparecía el fantasma de una bruja.



Las ruinas de la ciudad luego del terremoto de 1861 dieron pie a una broma en la que cayó más de un mendocino: "La enterrada viva".

yos que abrían, "la voz se dejaba sentir como si ella procediera aún de mayor distancia". Si bien la mujer daba fechas y datos sobre su pasado y desgracia, pronto los más lúcidos comenzaron a notar ciertas imprecisiones y contradicciones.

Entonces se hizo cargo la autoridad que en dos o tres días de averiguaciones terminó con el misterio: todo era una burda broma de "una vieja cotuda a quien se le habían revelado de la noche a la mañana notables condiciones de ventrilocua". Sin enterrada que rescatar, se acabó el circo, mientras que su autora terminó presa y lavando la ropa de los enfermos en el hospital San Antonio.

El rito de la mazamorra con cueño

"Mañana, a la noche, mazamorra con cueños, en lo de don Guevara". Así explica el folclorista Alberto Rodríguez el modo en que de boca en boca se anunciaba una de las tantas veladas en las cuales los mendocinos relataban sus historias y leyendas fantásticas.

Sin otra invitación, luego de la cena, iban llegando a la "casa del cuento" chicos y grandes. Se acomodaban en círculo alrededor del fogón, en el cual la dueña de casa en una olla de tres patas, revolvía sin parar la mazamorra, una especie de golosina que se hacía con harina cocida en agua o leche y luego se endulzaba con miel o arrope. "Cada uno iba provisto de un jarrito, porongo (el recipiente del mate) o taza para recibir la porción de mazamorra que le tocaba", describió Rodríguez.

El reparto era todo un ritual que se iniciaba en total silencio. "Los ojos de los niños seguían la cuchara de palo cargada de mazamorra, en su ir y venir desde la olla a los platos, con la intranquilidad de que pudiera terminarse antes de recibir su parte". Pero por algún milagro "nunca faltó para nadie", incluso las "raspas" en el fondo de la marmita eran un festín para los niños y los chocos.

Entonces, mientras todos comían comenzaba el reclamo: "el cuento... el cuento". Usando como luz la fogata, el narrador "carraspeaba, se llenaba la boca de mazamorra, la saboreaba parsimoniosamente, hacía un chasquido con la lengua empastada y después de tragar, empezaba ante la intranquilidad de los pequeños: *Había una vez...*"

Mausoleo de la familia de Angelino Arena ubicado en la parte más antigua del Cementerio de la Ciudad.

Un "endiablado" exitoso

Si se le pregunta a algún mendocino con memoria sobre Angelino Arena seguramente responderá: "Ah, el que tenía pactos con el diablo". Arena, nacido en 1860, pertenecía a una importante familia local y luego de hacerse cargo de las tierras y negocios de su padre, tuvo un éxito fenomenal e inmediato. Además de ser senador en dos oportunidades, fue fundador y presidente del Banco Industrial de Cuyo y luego director del Banco de Mendoza. Semejante carrera llevó a comentar que su fortuna se debía a que mantenía a un familiar.

En el centro, oeste y norte del país llamaban así a un ser sobrenatural que se cree es producto de un pacto satánico. Los que creen, dicen que tiene forma de animal o insecto gigantesco y su propietario tendrá suerte permanentemente siempre que, como alimento, le suministre todos los años un peón de su establecimiento. Si no cumple, perderá toda su fortuna.

Mientras en el norte, el familiar vive en el sótano de los ingenios, en Mendoza habita en las bodegas. Suele estar atado, aunque en las noches merodea el sitio como guardián. En Colombia, el familiar no es un animal con ansias de sangre humana sino un muñeco de madera labrado de noche y a pedido de cada cliente por un hechicero para evitar enfermedades y maleficios de enemigos y envidiosos. Según se dice, Arena tenía sobre su escritorio un pequeño tótem, con rasgos monstruosos al que solía presentar como su socio.

Al momento de su muerte, su fama de "endiablado" creció. Los caballos que tiraron de su carroza se espantaron al momento de cargar el ataúd y el mausoleo que contiene sus restos no sólo es el único con dos puertas de los que se levantan en la parte antigua del Cementerio de Mendoza. De mármol negro y sin ningún adorno, se dice que su propietario alertó que no deseaba que le llevaran flores, so pena de aparecerse a aquel que no cumpliera con su orden. El *vox populi* también sostenía que su casa, una monumental mansión frente a los Portones del Parque General San Martín, estaba embrujada y en el sótano aún sobrevivía el familiar.